

MERCEDES RON

AUTORA DE CULPA MÍA

DÍMELO

EN



secreto

Kamila Hamilton vuelve a tener a sus dos mejores amigos en su vida. El problema es que Taylor y Thiago Di Bianco ya no son simples amigos. Ahora son mucho más.

Thiago y sus ojos verdes la dejan sin respiración.

Taylor y sus ojos azules jamás la decepcionarán.

Los hermanos han crecido y junto a ellos lo que siente Kamila. Y ahora que su vida se desmorona por momentos, su familia se desintegra y sus amigas le dan la espalda, los necesitará más que nunca... a los dos.

¿Cómo reaccionará Kami cuando Thiago bese otros labios?

¿Será capaz de proteger a Taylor de sus propios sentimientos?

¿Cuánto tiempo más podrá mantener el pasado bajo llave?

Índice de contenido

Cubierta

Dímelo en secreto

Dedicatoria

Prólogo. Kami

1. Kami

2. Kami

3. Taylor

4. Kami

5. Kami

6. Thiago

7. Kami

8. Kami

9. Thiago

10. Kami

11. Taylor

12. Kami

13. Kami

14. Kami

15. Thiago

16. Kami

17. Thiago

18. Kami

19. Taylor

20. Thiago

21. Thiago

22. Kami

Epílogo. Julian

Agradecimientos

Sobre la autora

*A todas aquellas personas
que creyeron alguna vez no ser suficiente.
¡Lo sois!*

Prólogo

KAMI

De nuevo volvíamos a meternos en problemas, pero esta vez de la mano del más mayor y, supuestamente, del más responsable.

Que nos hubiese hecho venir aquí a altas horas de la noche y lo primero que hiciese fuera sacar de su mochila una especie de metal, un mechero y un botiquín de primeros auxilios no presagiaba nada bueno, pero era Thiago di Bianco. A él siempre le hacíamos caso. Era un privilegio que se había ganado simplemente por sacarnos tres años. Era el mayor y, por lo tanto, era el que mandaba, así de simple.

Yo a veces tenía problemas para acatar esa norma no escrita, sobre todo porque significaba seguir las instrucciones de alguien que a la primera de cambio me tiraba de las trenzas o me hacía llorar, aunque debía de admitir que con Thiago me sentía segura incluso en la aventura más peligrosa. Era la figura paterna que necesitábamos para no sentir que la estábamos cagando.

Eso sí, desde la noche en la que nos metimos a robar chuches de la casa del vecino y Thiago me dio mi primer beso, su manera de tratarme parecía haber cambiado lige-

ramente: ya no me tiraba de las trenzas, por ejemplo, pero sí que se había vuelto más mandón, más autoritario y buscaba más mi atención.

—¿Qué piensas hacer con eso? —pregunté mirando el mechero.

Las ocurrencias de Thiago habían empezado a ser cada vez más peligrosas y exigían más y más coraje por nuestra parte. Yo estaba abierta a vivir aventuras, pero también tenía un límite... o una edad que me frenaba, más bien.

—Nada que no puedas soportar —me dijo levantándose y acercándose a la ventana donde había dejado su mochila.

Mis ojos se encontraron con Taylor, que miraba también nervioso a su hermano mayor.

Estábamos en la casita del árbol... o más bien en la bañera de madera que Thiago había conseguido colocar de cualquier manera, aunque con mucho esfuerzo.

Para Taylor esa era la primera vez que subía y estaba bastante impresionado.

—No tengas miedo, Kami —me dijo cogiendo mi mano—. Yo estoy aquí.

Sonreí y entonces algo chocó contra nuestras manos unidas.

Thiago.

—Ni siquiera sabes qué vamos a hacer —le dijo sentándose entre los dos y cogiendo la caja de cerillas—. ¿Sabéis qué es esto? —nos preguntó enseñándonos el triángulo que ya nos había dejado entrever antes.

Ninguno de los dos contestó nada.

—La prueba de amistad.

—¿Ese metal es una prueba de amistad? ¿Cómo? —pregunté mirando con curiosidad ambas cosas, las cerillas y el metal y preguntándome adónde quería llegar con eso.

Thiago se giró y me miró.

—No hay nada más duradero que un tatuaje, ¿verdad? —preguntó encendiendo la cerilla.

Nuestros rostros se iluminaron bajo la luz de la pequeña llama.

—Y, por tanto, no hay nada que mejor represente nuestra amistad que algo que nunca se va a poder borrar...

—¿Qué vas a hacer, Thiago? —le preguntó Taylor mirándolo inquieto.

Thiago no respondió.

Colocó el pequeño triángulo de metal sobre el fuego, tanto, que este brilló hasta volverse naranja y luego, no sin antes lanzarme una mirada para asegurarse de que lo estaba observando, colocó el metal ardiendo sobre su muñeca izquierda, justo en el lado.

Apretó los labios con fuerza y cerró los ojos mientras el metal quemaba su piel.

—¡Thiago, para! —no pude evitar gritar, pero no lo hizo.

Aguantó unos segundos y después apartó el triángulo de su piel.

Taylor y yo nos inclinamos hacia delante para ver el resultado.

Estaba rojo... muy rojo y arrugado. ¡Se había quemado a sí mismo!

—¿Estás loco? —le pregunté sin dar crédito.

—¿Te ha dolido mucho? —le preguntó entonces Tay mirándolo alucinado.

—No es para tanto... —dijo girando la muñeca para que lo pudiéramos ver bien. Debajo de la irritación de su piel se podía ver claramente el pequeño triangulito—. ¿Quién es el siguiente?

Taylor y yo nos miramos ambos con miedo y los ojos muy abiertos.

—¡No pienso quemarme la mano!

—La muñeca, no la mano —lo corrigió Thiago sin mirarlo. Solo me miraba a mí—. ¿Qué me dices, princesita? ¿Quieres un tatuaje para toda la vida o eres una cagona como este de aquí? —dijo sin importarle que su hermano se pudiera sentir ofendido.

—No soy ninguna princesita —dije muy seria y, armándome de valor, me senté sobre mis rodillas y tiré de la manga de mi jersey hacia arriba—. Adelante —dije sin apenas pestañear.

El orgullo en la cara de Thiago aún estaba bien guardado en mis recuerdos.

Eso y el dolor que me produjo su estúpida idea.

1

KAMI

Hacía dos semanas que el frío se había instalado en Carsville, llevándose con él cualquier resto de verano y cualquier rayo cálido de sol para dejarnos lluvias torrenciales, amenazas de tornados y pocas posibilidades para salir y poder entretenernos. Aunque no es que tuviese dinero para poder hacer mucho. La situación de mi padre era cada vez peor, pero hubiera dado lo que fuera por poder acercarme al pueblo, ir a Mill's y tomarme un batido de fresa o un café con un *muffin* de chocolate... Pero no podía hacer nada de eso porque, por culpa de la quiebra de mi padre, ya no tenía coche para ir hasta allí.

Por suerte, aún podía mirar por la ventana. Por suerte... o por desgracia. Mis ojos siguieron el movimiento de aquella chica que desde hacía media hora se encargaba de pasarle herramientas a Thiago al mismo tiempo que le dejaba entrever sus piernas largas en una minifalda que apenas le cubría el trasero.

¡Hacía ocho grados ahí fuera! ¿No tenía frío?

¿De dónde había salido esa chica? ¿Dónde la había conocido?

Tenía que admitir que era guapa a rabiar. Tenía el pelo oscuro y largo, y estaba segura de que sus ojos eran celestes. Aunque estaba bastante lejos, había habido un momento en que se había girado hacia mi casa y la poca luz que a veces se colaba por las nubes le había dado de lleno en los ojos, permitiéndome así entrever que, joder, era guapísima. Alta, esbelta y perfecta.

No pude evitar pensar en mí misma. En mi metro sesenta y cinco, en mi media melena a la altura de los hombros y de ese color rubio que ya empezaba a oscurecerse porque los rayos de sol del verano quedaban ya muy atrás... Joder, a su lado me sentí una maldita renacuaja.

Esas manos... Esas manos que ahora veía rodear la cintura de esa chica habían sido las mismas que dos semanas atrás, en medio de una tormenta, me habían acariciado dentro de un coche. Si cerraba los ojos y recordaba aquel momento, mi corazón se aceleraba casi al instante. Mi cuerpo se calentaba, mis muslos se apretaban inconscientemente y mi mente volaba a aquel instante en que nos comimos a besos. Volaba a aquel día e imaginaba cómo hubiese sido seguir más allá de los labios, cómo hubiese sido tener sus manos tocando mi piel, mis pechos, sus dedos dándome placer, su mirada fija en la mía y nuestros cuerpos unidos por...

Alguien llamó a mi puerta y me sacó de mi ensoñación.

—Kamila, tu padre y yo queremos hablar contigo —dijo mi madre asomándose a mi puerta—. Reúnete con nosotros en el salón.

No dijo nada más. Cerró la puerta y escuché sus pasos bajando las escaleras.

Miré una vez más por la ventana y vi a Thiago besándola...

Algo dentro de mí me dolió... No sé qué parte. No creo que el corazón sangre por desamor, por amor o como queráis llamarlo, pero algo en mi interior me dolió... y mucho.

Cerré las cortinas de mi ventana y me puse de pie.

¿Qué querrían mis padres ahora?

Las últimas semanas me las había pasado encerrada en mi habitación, con la música a todo volumen para no escuchar sus gritos y la mente intentando alejarse de allí lo máximo posible.

Taylor me había sacado de allí en contadas ocasiones. Nos subíamos a su coche y nos marchábamos a Stony Creek. Íbamos al cine o nos quedábamos en el Starbucks tomando café y charlando durante horas. Nuestra relación avanzaba a pasos agigantados y yo cada día que pasaba me volvía más y más adicta a su compañía, su cariño, sus besos y su forma de hacerme reír.

No sabía cómo lo conseguía, pero cuando estaba con él, todos los problemas parecían desaparecer. Hasta me olvidaba de Thiago. Cuando estábamos solos, éramos Taylor y Kami otra vez, los mejores amigos de siempre... Aunque todo un poco más subido de tono.

Pero, cuando no estaba a su lado, no podía evitar sentirme dividida en dos. Mi corazón quería a un chico y deseaba a otro... y eso hacía que me sintiera la peor persona del mundo.

Bajé al piso inferior y entré en el salón. Mi madre estaba sentada en el sofá blanco de cara a la chimenea, que por el frío ya habíamos empezado a encender. Era de locos que en dos semanas el buen tiempo hubiera desaparecido y nos hubiera dejado con un otoño de lo más frío.

Mi hermano Cameron estaba sentado en el otro sofá, despatarrado, con su Nintendo Switch entre las manos y el ruido de Mario Bros llenando la estancia. Los últimos días había estado superarisco. No quería que nadie lo abrazase, no quería jugar en el jardín. Se pasaba las horas frente al televisor, jugando a videojuegos o mirando los dibujos... Apenas podía reconocer a ese renacuajo de seis años cuyos ataques de risa solían iluminarme incluso los peores momentos.

—¿Qué pasa? —pregunté acomodándome junto a Cam.

Mi padre, que había estado moviendo los troncos de la chimenea, se incorporó, dejó las pinzas de metal a un lado y miró a mi madre.

—Chicos... Vuestro padre y yo nos vamos a divorciar.

Mi mente se paró por unos instantes al igual que lo hicieron los ruidos provenientes de la consola de mi hermano.

—¿Cómo? —dije cuando me recuperé del impacto.

Mis padres se peleaban, sí. Mi madre era insoportable, sí. Pero se querían, ¿no? Joder, habían superado hasta un engaño. Mi madre le había puesto los cuernos a mi padre y este la había perdonado...

—Lo hemos estado hablando y no creemos que sea sano para vosotros vivir en un ambiente en el que estamos todo el día peleándonos...

—Tú no peleas, ella pelea —dije apuntando a mi madre con un dedo.

El miedo, la rabia, la impotencia estaban burbujeando en mi interior como una olla de agua a presión a punto de explotar.

—¡Kamila! —dijo mi madre indignada—. Esto no es un juego y tú no opinas en esto... Hay veces en que el amor se acaba y...

—¡Oh, por favor! —la corté indignada poniéndome de pie—. No me vengas con chorradas sobre el amor. No es el amor lo que se ha acabado, ¡sino el dinero!

Miré a mi padre y sus ojos evitaron los míos y miraron al suelo.

Dios mío... mi padre no quería eso.

—¿Cómo te atreves...?

—¿Que cómo me atrevo? —le solté fuera de mí—. ¡A la primera de cambio le has dado la espalda! En cuanto las cosas se han complicado, en cuanto te has quedado sin tu *spa*, sin tu coche descapotable y sin tus compras diarias, ¡le has pedido el puto divorcio!

—Kamila, basta —dijo esta vez mi padre, cortando mi discurso.

—No pienso tolerar que me hables así, niña malcriada... —dijo mi madre interrumpiendo a mi padre.

—¿Yo soy una malcriada? —espeté sin podérmelo creer.

Mi madre fue a abrir la boca otra vez, pero mi padre golpeó la mesa con fuerza.

—¡Basta! —dijo y todos nos callamos—. No vamos a discutir sobre este asunto. Está decidido, Kamila. Nos vamos a divorciar y entiendo perfectamente que esto te disguste. Tenemos que hablar sobre cómo van a ser las cosas a partir de ahora y sobre...

—Yo me voy contigo. —No lo dudé ni un instante—. No pienso vivir con ella. No pienso dejarte solo, papá...

—Os quedaréis con vuestra madre —zanjó mi padre mirándonos a ambos.

Me había olvidado de mi hermano.

Miré a Cam y vi que estaba callado, mirándonos a todos en silencio.

—Queremos llevar este asunto de la manera más civilizada posible. Os quedaréis aquí, en casa, y yo me mudaré a un piso que ya he alquilado en Stony Creek.

—¿Cómo? —dije notando cómo los ojos se me llenaban de lágrimas—. Papá..., yo no quiero que te vayas. —Me sentí una cría, pero sin poder hacer nada para evitar el desaliento que me invadía en ese instante.

—Nos veremos los fines de semana...

—Bueno, eso lo tendrá que decidir el juez, Roger. No le digas a la niña cosas que aún no sabemos...

Miré a mi madre con odio.

—No me llames «niña» y no me vengas con jueces ahora. Si quiero ver a mi padre, lo voy a ver, ¿te enteras?

—Nadie ha dicho que no lo vayas a ver —dijo mi madre apretando los labios—. Pero, mientras seas menor de edad, te quedarás donde yo te diga y harás lo que yo te diga.

Solté una risa que no tenía nada de alegre.

—Cumplo dieciocho años en enero —dije aliviada ante ese hecho—. Te quedan dos meses y medio para poder decirme lo que puedo o lo que no puedo hacer.

—Kamila... —volvió a reprenderme mi padre.

—¡No! —lo encaré molesta—. Cuando sea mayor de edad me iré contigo, no me importa lo que me digas.

Sin decir nada más, rodeé la mesa del salón y subí a mi habitación pisando fuerte.

No podía creerlo. No podía creerlo.

Cuando creía que mi madre no podía caer más bajo...

Lloré abrazada a mi almohada y sentí miedo ante la incertidumbre que se me ponía por delante. ¿Cómo se atrevía a dejar a mi padre? Ella había sido la infiel. Ella había sido quien nos había engañado a todos. Ella había sido quien había roto dos familias. Por su puta culpa la hermana de Taylor y Thiago había muerto. Por su culpa Katia Di Bianco había perdido lo que más quería... Era ella quien debería irse de casa. La casa de mi padre, mi madre no había trabajado en su vida. Era una maldita mantenida, hija de ricos que lo único que había querido desde que era pequeña era seguir siendo mantenida para poder jugar a las casitas, irse de retiro espiritual y comprarse bolsos de Chanel rebajados.

Era patética.

Lloré hasta quedarme dormida y al cabo de unas horas abrí los ojos. Fuera ya se había hecho de noche y el viento rugía con fuerza contra el cristal de mi ventana.

Me senté sobre mis almohadas y alguien llamó a mi puerta.

No contesté y esta se abrió dejando entrar a la persona que más quería de esa casa.

—Kami... —dijo Cameron acercándose a mi cama—. ¿Qué es el divorcio?

Cerré los ojos y lo abracé.